



LAS PIRAMIDES.

La escursión á las Pirámides se hace desde el Cairo casi siempre en borricos del país, que, como hemos tenido ocasión de decirlo en el curso de estos artículos, son bastante corpulentos y corredores; y lo que es mas aun, están dotados de rara inteligencia, cuya circunstancia unida á su natural mansedumbre hace que allí mas que en ninguna parte, sea este animal, tan ultrajado y calumniado en nuestras comarcas europeas, no solo tenido en grande estima, sino tambien, altamente simpático para las naturalezas sensibles y agradecidas. Plácenos en extremo á nosotros, viajeros profanos y de impresiones espontáneas, por decirlo así, dejar consignado en esta superficial reseña de nuestro egipcio viaje, este justo testimonio de nuestra gratitud y cariño hacia aquellos benévolos y pensadores animales que tan distinto papel del de hoy representaron en tiempos mas felices, al menos para ellos. Y si algun crítico indigesto, ó lo que es aun peor, y por desgracia mas frecuente, algun malhumorado é ignorante Zoilo, se ocupare por nuestra menguada fortuna en leer estos nuestros humildes artículos de viaje; y al llegar á este pasaje comenzare á hacer muecas y visages, precursores de una tempestad pedantesca y ridícula, pero no por esto menos temible para nosotros que del aura popular vivimos; le rogamos que antes de esgrimir su pluma mojada en la amarga hiel de su mordacidad tenga á bien recordar tres pasajes de la historia de la religion que veneramos, y cuyo orden cronológico, si los recuerdos de la escuela grabados profundamente en nuestra imaginación no nos engañan, es el siguiente: 1.º El privilegio que tuvo la herra de Balaán el profeta, sobre su amo; puesto que vió cuando aquel no veía, al ángel del Señor, en su camino; y tuvo ademas el suficiente talento para dirigirle una admonición saludable y templada, siendo así, que el traicionado anciano la apaleaba ni mas ni menos que un arriero de los afortunados tiempos que vivimos. 2.º El importantísimo papel de otro borrico en la huida á Egipto de la Sacra Familia, cuando la bárbara proscripción de aquel bárbaro rey Herodes; y finalmente, y esta es la página mas gloriosa en los anales jumentales, la elección que hizo nuestro Salvador de otro individuo de aquella raza para hacer su entrada en Jerusalem, al principio de su predicación. Y puesto que ya dejamos á los Señores críticos *patibulosos* y *boquiabiertos* con este pomposo alarde de nuestra asnal erudición histórica, proseguiremos nuestro interrumpido viaje.

Antes de partir del Cairo se debe hacer provision de agua, dos ó tres botellas de vino por cabeza, algunas bujías, una linterna, y algunos pollos ó carnes fiambres para dos ó tres días. Uno de los fondistas del Cairo, M. Hills, tiene constantemente una tienda de campaña cerca de las pirámides, en la cual pueden los viajeros hacer sus comidas cómodamente. En orden á las noches, lo mas breve es arreglarse con una especie de anacoreta Abysiniu, el cual habita en una de las inmensas tumbas que hay en las cercanías; solo que es necesario llevar consigo algunas mantas y almohadas. Con respecto á la seguridad de las personas y equipages, basta hacer montar la guardia á uno de los guías árabes, bajo cuya salvaguardia, y con pequeño sacrificio, puede el viajero dormir á pierna suelta, porque no hay un solo beduino capaz de atacar á los que descansan en la buena fé de uno de sus camaradas.

Acaharemos estos detalles materiales de nuestra escursión, diciendo á nuestros lectores que todos los gastos de vinos, provisiones, borricos, guías, etc. no llegan á cuatro duros de nuestra moneda.

Partiendo de la ciudad por la puerta de *Balac*, y atravesando una serie de bellísimos jardines, se llega despues de andar media legua á *Basel Atackh* y el Cairo antiguo, que se dice ocupa el mismo lugar que la Babilonia egipcia, edificada por los sucesores de

Cambyses que le dieron el nombre de su antigua metrópoli. Está situada á orillas del gran canal que separa la isla de *Rhoda* del continente, y una gran parte de ella está ocupada por jardines, plantíos de palmeras y viñas. Hay fuera de la ciudad un acueducto que merece visitarse como tambien el *granero de José*, el cual es un vasto edificio en que se deposita el trigo que se da en tributo al gran Señor. Cerca de allí se vé aun la casa en donde, segun la tradición, vivieron José, María y el Niño Dios, durante su mansión en Egipto.

En la parte opuesta á la ciudad, está la isla de *Rhoda* antes mencionada, célebre por haber sido el lugar en donde la hija de Faraon recogió al niño Moisés. Llevado por la corriente del rio en su cuna de mimbrés. La isla encierra varios jardines del Bajá, que son considerados como los mas hermosos de Egipto, y como allí cerca está el *Nilómetro*, el viajero haría mal si pasase de allí sin detenerse un poco para examinar aquellos objetos. Al llegar á *Djessa*, aldea con cuyo nombre se distinguen las grandes pirámides, puede verse sin trabajo y perdiendo poquísimo tiempo, alguno de los célebres hornos para empollar los huevos que hay en aquel lugar.

El edificio en donde estan se llama en la lengua del país *Ma'-amal-el fira-Kh*, y está dividido en dos grandes secciones. La primera contiene hasta cien hornos; la segunda, algo mas de cincuenta. Los huevos permanecen diez y siete días en los hornos, y al décimo octavo salen los pollos que han de salir el calor que mantienen allí de ordinario, es de 100 á 104 de Fahrenheit (38 á 40 del centígrado). Pueden calcularse aprovechadas las dos terceras partes de los huevos que allí se deponen; pero las aves que se obtienen con este procedimiento, son inferiores en tamaño y gusto á todas las que conocemos en las demás regiones del globo.

Las pirámides están á legua y media de *Djessa*, y el camino que á ellas conduce atraviesa una comarca fértil hasta muy cerca del desierto á cuya estremidad estan situadas. Son cuatro: la de *Cheops*, que es la mayor; la de *Céphrenes*, *Micerinus* y *Philita*. Ademas de estas, hay un sin número de túmulos de forma piramidal, pues parece evidente que los egipcios todos daban esta figura á sus monumentos sepulcrales.

La pirámide de *Cheops*, que como dijimos antes, es la mas grande ocupa un cuadrado de cerca de 746 pies; y su altura perpendicular no baja de 461. La subida á este monumento no es peligrosa ni aun difícil y puede hacerla cualquiera viajero de agilidad mediana en poco mas de un cuarto de hora. A cada lado del forastero se colocan uno ó dos árabes, por orden espresa del bajá, á consecuencia del accidente sucedido á un viajero inglés y que hubo de costarle la vida. Hay 206 filas de escalones de piedra cuya elevación media es de dos á tres pies. Hacia el centro el tiempo ha destruido estas gradas; pero se conservan perfectamente en los ángulos, y están dispuestas de manera que la persona mas tímida puede subir las sin peligro alguno. La cantidad de piedra empleada en la construcción de esta sola pirámide se estima en seis millones de toneladas, y todo el mundo ha sido que cien mil hombres trabajaron en su construcción por espacio de muchos años. Los cuatro ángulos del edificio corresponden á los cuatro vientos cardinales y su cima que es una plataforma de cerca de 36 pies cuadrados, está de tal modo cubierta de inscripciones, que sería muy difícil para el viajero encontrar un lugar sin nombre alguno, en donde escribir el suyo.

La perspectiva que se descubre desde aquella altura es solemne ó melancólica, ó risueña segun la parte adonde dirija sus miradas el viajero; porque nada hay mas solemne y melancólico que la vista de aquel terrible desierto con sus colinas y rocas de estéril arena, cuya monotonia solo interrumpen las huellas de alguna caravana que tal vez vaya á perecer de hambre y sed en aquellas ilimitadas llanuras ó quede sepultada en ellas bajo montañas de ardiente arena, cuando el azotador *Sinnin* cruza el país llevando en sus alas al genio de las borrascas. Al la-

do opuesto y como para compensar tan espantosa esterilidad, el padre Nilo va regando en su curso al través del alto Egipto campiñas amenisimas, verdes y hermosas praderas, campos de trigo innumerables, todo ello sembrado acá y allá de aldeas y ciudades rodeadas de bosques de palmeras, sicomoros, naranjos y limoneros. Cierran la perspectiva allá en lontananza las medias naranjas y alminares de las mezquitas del Cairo, sirviéndoles de marco la elevada cordillera de *Mokaltam* que se eleva á su espalda; al Sur, las pirámides de *Sahhara*, y cerca de allí la gigantesca *Esfinge* rodeada de pirámides sepulcrales en número infinito.

La entrada de la gran pirámide está en el lado del Norte, y los escombros la obstruyen casi completamente. Despues de trepar con bastante trabajo por sobre aquellos escombros, se llega á un estrecho pasadizo, cubierto en su totalidad de granito pulimentado, el cual va descendiendo hácia el interior por un ángulo de 27 grados. En vez de seguir este pasadizo hasta el fin, se toma á la derecha hasta llegar á una subida casi perpendicular, en la cual se ha practicado una entrada falsa: con la ayuda de los guías árabes se sube á esta, y de nuevo se encuentra uno en el pasadizo natural que tiene algo mas de cinco pies de altura y cerca de 100 de longitud; la subida no cesa hasta llegar á una especie de meseta en un rincón de la cual se vé la entrada del pozo de que habla Plinio. Al fin de un pasadizo que hay en frente se llega á la pieza llamada *cámara de la reina*. Sobre esta se vé la *dol rey*, que tiene 37 de largo por 17 y algunas pulgadas de ancho, y cerca de 20 de alto: esta habitacion está cubierta de granito pulimentado como todos los pasadizos; y en su estremidad hay un gran sarcófago de marmol sin tapa. Sobre la cámara del rey hay otras tres mucho mas pequeñas á las cuales se sube por medio de escalas: fueron descubiertas en 1838 por el coronel inglés Vyse, el cual les dió los nombres de Nelson, Wellington y Campbell, grabados en sus paredes. Hay aun otra pieza conocida con el nombre de Davidson, é indudablemente habrá centenares que se descubrirán con el tiempo en aquella inmensa fábrica.

El objeto mas interesante que viene en seguida es el pozo de que antes hablamos, el cual tiene 86 pies cúbicos de profundidad. La bajada comienza por una escavacion de 22 pies; á 8 de esta primera, hay otra perpendicular de 5, y á 4 y 10 pulgadas de esta hay otra bajada mas considerable que las anteriores. La profundidad total es de 133 pies; y en el fondo del pozo, hácia la izquierda, hay un sendero que conduce al pasadizo principal. A pesar de todas las diligencias practicadas en varias épocas, no ha sido posible descubrir la cámara del régio fundador de que habla Herodoto. Segun él está situada en el centro del edificio en un lugar aislado, que el historiador llama isla. El agua que la protege, llega hasta allí por un canal que comunica con el Nilo; si tal relacion es exacta, la cámara y la isla deben estar 30 pies lo menos mas abajo del nivel de la base de la pirámide y deben haber sido cavadas en la roca á considerable profundidad.

Como la índole de estos artículos se opone á la demasiada estension, acabaremos de hablar de las pirámides diciendo al lector las dimensiones de las tres restantes, por otra parte mucho menos interesantes ó conocidas que la grande.

La de *Cephrens*, está situada en terreno mas elevado que la de *Cheops*; sus materiales son idénticos por la base tiene 684 pies y su altura no baja de 456.

La de *Micerinus* no tiene sino 162 pies de altura, y 280 en la base. En los tiempos antiguos estuvo revestida de granito rojo, cuyas losas se ven confusamente amontonadas á su alrededor.

La de *Phyllis* está con corta diferencia situada en la misma línea, aunque algo mas al Oeste que las otras tres. Tiene unos cien pies de altura, y su cima está formada por una sola piedra de extraordinaria dimension. Ni esta pirámide ni la anterior han sido explotadas por los viajeros modernos.

En frente de la pirámide de *Cephrens*, se alza la

jigantesca *Esfinge*, y hay un pasaje subterráneo por el cual se comunican. Esta imponente estatua está labrada en la roca viva y su interior tiene la forma de un templo. A pesar de los grandes trabajos de los viajeros *Caviglia* y *Vyse* está aun tan cubierta de arena que es imposible determinar su grandezza; solo la cabeza y parte del cuello están descubiertos; las facciones del rostro, aunque de proporciones tan enormes, tienen alguna semejanza con las de los habitantes de la Nubia.

Antes de restituirse al Cairo, debe el viajero visitar la tumba de Campbell, así llamada por haberse hallado presente á su descubrimiento el consul general de Inglaterra M. Campbell. La bajada á aquel monumento se hace por uno de sus costados, y por medio de una escala de cuerda. Conduce á una serie de galerías en cuyo centro hay una piedra circular en la cual se hallaron dos soberbios sarcófagos. La mayor parte de aquellas galerías está aun sin explorar.

Cualquiera que sea la idea que el lector tuviera formada de esas pirámides tan famosas, seguro es que nuestra relacion le dejará poco satisfecho. Efectivamente, nosotros creemos las pirámides inferiores á su fama, y relativamente, ellas han sido una de las decepciones que hemos encontrado en nuestros dilatados viajes. Semejante efecto deriva de dos causas: primero del calor de la propia imaginacion que se complace en crear cosas superiores á las que realmente pueden existir; segundo de las relaciones exageradas siempre, y no pocas veces mentirosas de los viajeros. Pero á pasar de todo, ningun hombre pensador por estravagante y descontentadizo que sea dará por mal empleado el dinero, ni por mal padecidas las fatigas consiguientes á un viaje largo y penoso, cuando piense que ha visto por sus propios ojos aquel país tan famoso ya, cuando el resto del mundo estaba sumido aun en la barbarie; aquellos monumentos que han atravesado cuarenta siglos como un testimonio viviente de la civilizacion y del inmenso poder del pueblo que habitó en aquellas regiones, y que parecen destinados á atravesar con la misma entereza y solidez todas las edades futuras del mundo.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

UNA FLOR EN LA CINTURA.

Es costumbre admitida en la sociedad, que cuando un caballero invita á una señora á bailar y esta se esusa á causa de haber sido invitada anteriormente, aquel se dirige á otra cualquiera reproduciendo el convite: este uso es impertinente y poco galante para las dos mugeres á las cuales se ha dirigido el caballero. En resumen viene á decirse á la primera: «me diriji á V. por casualidad, sin eleccion, sin preferencia; no puedo bailar con V., pues bien bailaré con otra.»—A la segunda: «eliji á V. á falta de otra mejor. Si la persona á quien he invitado al principio no hubiera estado comprometida, jamás me hubiera acordado de V.; ella es mas bella, mas elegante, mas estimable que V.»

Algunos para evitar esto no bailan cuando la persona á quien han elegido no se hallaba libre, pero puede muy bien suceder que se pase entonces la noche sin que bailen por ganas que de ello tengan.

He aquí el uso establecido sobre el particular en varias poblaciones de Bélgica.

Cada hombre al entrar en un baile, elije en un canastillo una flor artificial, y cuando vá á invitar á bailar, en lugar de esta fórmula poco variada:

Quiere V. hacerme el obsequio de bailar conmigo.

Ofrece una flor que la pareja coloca en su cintura, hasta que concluye el baile prometido; terminado este devuelve el ramillete al caballero, el cual puede ya ofrecerle á otra. De este modo, no hay esposicion de invitar á bailar á una muger comprometida, porque se sabe que la que no tiene flores en la cintura es libre y se halla en expectativa de pareja.

LOS CINCO SENTIDOS.



La vista.



El oído.

CARICATURAS.



El olfato.



El gusto y el tacto.

POESIAS.

DESCRIPCION DE UNA TORRE.

(Introducción.) (A la izquierda de el Santón.) (A la derecha.)

Mas allá de la selva de avellanos
 á cuya sombra misteriosa mana
 murmuradora fuente, cuya historia
 cuento parece de orientales hadas:
 mas allá de los cármenes que alegran
 de los cerros de el Sol la verde falda,
 y mas allá de las rojizas lomas
 que á Darro obligan á torcer sus aguas,
 hay un tajo que forman dos colinas,
 donde la arcilla estéril, de las plantas
 secando las semillas, el arraigo
 de yerbas, flores y árboles rechaza.
 De este tajo en la cóncava hendidura,
 del Cristiano y del Moro abandonada
 y objeto de pavor para ambos pueblos,
 hay una vieja torre solitaria.
 Fábrica según unos de un mal génio
 que, teniendo en las nubes su morada,
 robó audaz una lluri del paraíso
 y al mundo la bajó sobre sus alas:
 encerrándola luego en esta torre
 que fabricó con piedras encantadas.
 Oira de un parricida, según otros,
 de quien no quiso Satanás el alma,
 y la enterró con el nefando cuerpo
 debajo de la arcilla amponzoñada,
 vuelta despues en fuente pantanosa
 turbia, insalubre, fétida y amarga.
 Mas cualquiera que fuere el misterioso
 origen ignorado de su fábrica,
 que en los siglos se pierda, es esta torre
 objeto de el terror de la comarca.
 Al amor de la lumbre los ancianos,
 de las noches de invierno en las veladas
 á sus vecinos ó parientes de ella
 mil leyendas quiméricas relatan.
 Ni pastor llevó nunca su ganado
 por aquellos contornos, ni serrana
 por tempestad de estío sorprendida
 se abrigó de sus bóvedas rajadas:
 ni nunca las doncellas campesinas
 se casaron con hombre que pasara
 en la luna anterior al matrimonio
 por bajo de esta torre condenada.
 Ni cazador alguno su ballesta
 disparó sobre el ave ó la alimaña
 que se acojó á las grietas de sus muros
 u en su cresta posó desalmenada.
 El padre al revoltoso rapazuelo
 con la torre fatídica amenaza,
 y medroso el muchacho se guarece
 bajo el regazo maternal y calla.
 Dicen que en las tinieblas de la noche
 en torno de ella apariciones vagas
 se perciben tal vez, y se iluminan
 los huecos de sus lóbregas ventanas.
 Dicen que un moro, ó alquimista ó santo,
 de triste voz y venerable barba
 la torre habita y que curó con filtros
 á una pobre mujer endemoniada;
 y cuentan, aunque nadie le designa,
 que un manco del pueblo, que idolatra
 á una infanta real, clavó una noche
 caprichos por cumplir de la que ama
 en el viejo postigo de la torre
 el velo de la hermosa con su daga,
 y la hermosa á otro día halló clavados
 el velo y el puñal en su ventana.
 Un mercader del Zacatín muy rico,
 muy limosnero y de costumbres santas,

consultó escrupuloso con un sábio
 santón, el fundamento de estas fábulas:
 y el sábio Ali Mazér, que penitente
 en los montes habita una cabaña
 que nadie vió, y á quien el vulgo dice
 que cuida allí de alimentar un águila,
 su plática al oír sobre la torre
 dijo con vista torva y voz airada:
 «¡ay de el que pise de su umbral la piedra!
 «¡allí afila la muerte su guadaña.»
 Y esto el sábio santón diciendo á voces
 al mercader, atravesó la plaza,
 dejándole aterrado y circuido
 de inmensa multitud estupefacta.
 Dicese sin embargo, (aunque se dice
 entre amigos no más y en voz muy baja)
 que algunos han llegado hasta esta torre
 de consejos ó filtros en demanda,
 y que el viejo Dervich que habita en ella
 satisfizo sus dudas ó sus ansias:
 y aun dicen que debajo de las piedras
 de aquella torre vacilante, se hallan
 camarines suntuosos alumbrados
 con candelabros de coral y de ámbar,
 y una fuente que aduerme los sentidos
 al dulce són de sus bullentes aguas.
 Dios sabe la verdad: el vulgo siempre
 dá formas temerosas y fantásticas
 á lo que no comprende, y esta torre
 le és en sus sueños pesadilla ingrata.

En medio de un morisco gabinete
 que, á juzgar por su bóveda cerrada
 pertenece sin duda á alguna obra
 desconocida oculta y subterránea,
 al suave resplandor con que la alumbran
 de pulido alabastro cinco lámparas
 hay una fuentecilla que se vierte
 de mármol trasparente en una taza.
 El desborda de el líquido impidiendo,
 un sumidero que su fondo horada
 le conserva en nivel constante siempre,
 la que sume igualando á la que mana.
 Su ancho tazón, que sobresale apenas
 de el pavimento, á la arabesca usanza
 cercado está de blancos almohadones
 y tupidas alfombras toledanas.
 Mas parece que solo se destinan
 por el rico señor de aquella estancia
 á que gocen sus huéspedes la vista
 y el grato son de la corriente mansa;
 y la luz de las lámparas, que recta
 en su cristal á reflejarse baja,
 para alumbrar también parece solo
 la trasparente linfa preparada.
 Rádia empero esta luz por todas partes
 en rededor de la ostentosa cámara
 sobre mil preciosísimos objetos
 que la opulencia del Señor delatan.
 Kicos jarrones del Japon, que ostentan
 indicas flores que en su seno arraigan,
 plumas costosas de chinesco origen
 y talismanes y amuletos y armas
 por su rara virtud ó precio enorme
 de enriquecer capaces á un monarca,
 decoran el fantástico aposento,
 que aroma un ancho perfumero de ámbar.
 Esquisitos damascos cañelados,
 con anchos flecos y tejidas raudas
 cubren los muros, cuyo frisó adornan
 ginuciosas labores africanas;
 y del techo estaláctico, de cedro
 y olorosas maderas cinceladas,
 los huecos casetones laberínticos
 miniaturas espléndidas esmaltan.
 El murmullo continuo de la fuente,
 la suave luz en ella reflejada
 y el aroma oriental del perfumero,
 que armoniza, ilumina y embalsama

el aire de este asilo misterioso
 embebecen el ánimo y embargan
 los sentidos, y el alma á las delicias
 de beatícos éxtasis preparan.
 Al respirar su atmósfera vivifica
 la cavidad del pecho se dilata
 con placer inefable: y cual si en ella
 un bálsamo vital se inoculara
 corre la sangre renovada, al cuerpo
 comunicando lijereza estraña
 como si el soplo de benigno génio
 su peso terrenal aligerara.
 Este deleite, empero, inesplicable,
 este placer magnético que embriaga
 el ánimo y el cuerpo en este sitio,
 tanto placer infunde que aletarga.
 Aura parece de el Eden, divina
 fruición de la gloria que arrastrada
 á la tierra de impuro sortilegio
 por la virtud, deleita pero daña,
 mansion es esta singular: acaso
 en ella con sacrilega amalgama
 el ambiente vital del paraíso
 y el aliento satánico se hermanan.
 Mansion que está sujeta á algun encanto,
 ó por algun espíritu habitada,
 ó por un sábio mago está dispuesta
 para abusar de la razon humana.
 Fantástica mansion, cuyo recinto
 se encierra oculto en la maciza fábrica
 de los hondos cimientos que mantienen
 la torre secular que al vulgo espanta.

JOSE ZORRILLA.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once,
 tarde y noche, alegrementa
 jugais en torno á la fuente
 del gran caballo de bronce
 que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,
 pues hace calor, y oíd
 una historia muy de veras,
 y de las mas lastimeras
 que se cuentan por Madrid.

Ese caballo años há
 estaba, como quizá
 sabreis sin que yo lo indique,
 puesto en el Retiro, allá
 frente á la Casa del Dique. (1)

Dá el jardín allí frescura
 con sus aguas y verdor,
 y el canoro ruiseñor
 tiene morada segura
 de enemigo cazador.

Allí al caballo volaban,
 con fácil y presto arranque,
 mil pájaros que llegaban
 á beber en el estanque
 cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca
 le iba registrando entero
 la turba intrépida y loca,
 y hallábale un agujero
 que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
 que por la parte de afuera
 dá fácil introduccion
 á un pajarillo cualquiera
 del tamaño de un gorrion.

Por adentro, sin percance,
 todo el cuello de un avance

mete el pájaro; despues,
 como no hay donde afiance
 ni las alas ni los pies,

Ni ellos le son de provecho,
 ni ellas le hacen sino estorbo;
 y empujando con despecho,
 se hiere garganta y pecho
 contra el borde áspero y corvo.

Y victima el animal
 de su imprudencia fatal
 que salir de allí le veda,
 se angustia, desnaya y rueda
 por la cárcel de metal,

Donde, triste prisionero,
 pidiendo en vano merced,
 sobre muchos que primero
 tuvieron su paradero,
 perece de hambre y de sed.

Mil avecillas buscando
 sombra oscura en el estío;
 mil en el invierno, cuando
 ya lloviendo, ya nevando,
 traspasábalos el frío,

Emboacáronse en la panza
 del caballo, que en venganza
 debió decir para sí:
 «renunciad á la esperanza,
 pájaros que entráis en mí»

Con el tiempo se mudó
 del jardín en que habitó
 á la plaza donde está,
 y entónces se le quitó
 el cuerpo que encima vá.

Y los cóncavos secretos
 del cuadrúpedo cruel
 aparecieron repletos
 de plumas y de esqueletos
 de aves tragadas por él.

Bañosa curiosidad
 las condujo á muerte cruda.

—¡Ay! ¡ cuántos en nuestra edad
 por la brecha de la duda
 se abisman en la impiedad!

Abismo donde pedir
 favor al mortal discurso
 no basta para salir:
 él nos deja sin recurso
 desesperar y morir.

J. E. HARTZENRUSCH,

UNA TARDE EN LA PLAYA DE BONANZA.

Con dificultad podrá formarse el que no haya visto el mar por sus propios ojos, una idea cabal del cuadro imponente y sublime que presenta aquella inmensa estension de agua destinada por la voluntad del Eterno, como para ceñir con sus brazos á la tierra. Nadie mejor que yo ha podido convencerse de esta verdad, por la sensacion que experimenté la primera vez que desde la cubierta del vapor Bétis, en donde regresaba de Sevilla á Sanlúcar de Barrameda vi presentarse á mi vista cual por magia el inmenso Oceano precisamente en el punto en donde el caudaloso Guadalquivir paga el tributo de sus aguas á ese rey de los mares. Ansioso de saciar mi viva curiosidad y contemplarla á mi placer, salté en tierra en un muelle construido á la sazón, de mamposteria, y hasta cuyo pié pueden á veces en mareas altas atracar los vapores destinados al tránsito del Guadalquivir. En frente del muelle se halla la aduana de Bonanza recientemente construida, cuyas proporciones y arquitectura interior no solo son sumamente defectuosas para el objeto, sino que la materialidad del edificio tiene tan poca solidez y travazon, que á duras penas los empleados de real hacienda pueden residir en él. Lo mismo sucede con las casas que forman aquella pequeña po-

(1) Así se llama á llamaba la que está á orilla del estanque mayor del Retiro.

blacion llegado el caso en tiempo de lluvias de llenarse las habitaciones de agua. Algunos caleseros situados con sus incómodos carruages en la playa para recoger los pasajeros del vapor, me ofrecieron sus servicios; pero yo informado que solo distaba Santucar un cuarto de legua de aquel punto, quise andar el camino á pié y aprovechar la frescura agradable de una tarde deliciosa de primavera.

Embebido en mis reflexiones andaba sin apartar los ojos del mar, cuyas olas con un ruido sordo llegaban á veces hasta mis pies salpicándolos con su salobre y espuma. De pronto veo una lancha en seco, y en su centro una muchacha que parecia rayar en doce años, la cual presentándose me un trozo de cuerda encendida, me dijo en un tono tan gracioso como particular.—Candela, caballero!—Al eco de su voz me adelanté hacia ella, y me detuve un momento para contemplarla. Era pequeña, pero bien formada, y la naturaleza pródiga en los climas meridionales con el bello sexo, habia adelantado tanto sus formas, que mas bien parecia una muger hecha que una niña. El color de su rostro aunque trigueño y tostado por la influencia de las estaciones, no carecia de frescura, y hermanaba bastante bien con el brillo de sus rasgados ojos, negros como el ébano, y llenos de fuego y expresion. Su cabello, del mismo color que sus ojos, estaba atado atrás con una rosca cinta con tal desecido, que algunos de sus ramales desprendidos del nudo que los unia, bajaban en crespas ondas sobre su desnudo cuello. Llevaba un vestido azul, bastante limpio, pero tan corto, que dejaba á descubierto la mayor parte de su pierna trigueña, aunque no mal contorneada.—¿Qué buscas? la pregunté. No lo vé su merced, me contestó, vengo candela á aquellos que tienen un cuerpo tan cunco como el suyo.—Muchas gracias, amiga; ¿pero tienes padres?—Jesus, María y José!—¿Vaya si los tengo!—¿Qué son?—Pescadores, allá tiene V. en la playa echando á tierra el pescado que acaban de cojer.—¿Dime, buena niña, y tú estás contenta con tu vida?—Si señor: siempre estoy alegre; por la mañana vengo en la plaza pescado; por la tarde vengo aquí á ofrecer candela á los viajeros que desembarcan del vapor: luego vuelvo á casa, y como un buen gazpacho con todos mis hermanos, y por la noche bailo el fandango con mis amigas, al son de la guitarra que nos toca mi primo Curro. Calló la muchacha, y yo la miraba asombrado, pareciéndome increíble que se concepitara feliz, cuando es dable, un ser tan pobre; y cuyos vestidos cubrian apenas decentemente sus carnes. Despues de un momento de silencio la pregunté si encontraría allí cerca alguna elevacion de donde pudiera descubrir el mar en toda su estension, y habiéndome respondido afirmativamente, ofreciéndose á acompañarme y servirme de guía, nos pusimos en marcha con alguna velocidad. Al pasar por varios puntos notables de la playa, la muchacha provocaba mi atencion, diciéndome su nombre y señalándome con el dedo. Aquel que ves allí, me decia, es el castillo de San Salvador, fortin situado en la mitad del camino de Santucar á Bonanza. Mas allá aquella chimenea que se descubre sobre la derecha, se llama la Calzada, que es el paseo actual de la ciudad; y en esta lonilonada, añadia, delante de la cual vamos á pasar ahora, está la fuente de las Piletas, adornada de dos hermosos llorones y cuyas aguas medicinales son excelentes para los que padezen de obstrucciones. Cesó de hablar en fin, y viéndome sumergido en mis meditaciones, se puso á andar delante, entonando unas seguidillas, que yo no habia oido hasta entonces, y cuya letra es la siguiente:

El amor y el cuchillo
Son dos extremos,
Mucho acercó á la punta
Y al cabo un cuerno.

De este modo llegamos á una elevacion que se adelantaba en punta hacia el mar en su cima se veia un castillo ruinoso, que segun supe se llamaba *del Espíritu Santo*; allí despedí á mi conductora despues de

haberla remunerado por su trabajo, y yo me interné en las ruinas de aquel edificio. El castillo del Espíritu Santo, construido poco antes de la guerra de la independencia, y volado por los ingleses, con el fin de que no pudiera servir de punto fuerte á las tropas invasoras de Bonaparte, se halla situado en una posición topográfica sumamente ventajosa para una larga y vigorosa defensa. Su base es de forma rectangular y aun se conserva en pié la parte baja del edificio, algunas murallas y dos torreones, aunque cuarteados y amenazando desplomarse al soplo de un recio viento. Entré por medio de escombros á un patio, en cuyas paredes se divisaban varios caracteres trazados con carbon ú otra cosa semejante y medio borrados por el ala del tiempo; en su estremidad subí unos cuantos escalones desmoronados cubiertos de verdin y silvestres yerbas, los que me condujeron á una especie de azotea donde se descubre el punto de vista mas magnifico y sorprendente que puede concebirse.

El mar, no limitado en aquel punto por ninguna montaña, forma un plano inmenso azulado que corta la bóveda del cielo por una línea circular iluminada del sol en su ocaso, cuyo fuego rojizo parecia que realmente iba á apagarse en las aguas del Océano, comunicándoles un color purpúreo con ráfagas de oro y grana. Las olas, azotadas por la brisa de la tarde, con un ruido semejante al de las cañas que agita un vendabal, levantábanse en continua ondulacion como montes movibles, y se sucedian unas á otras viéndolo á veces á morir en la playa mansas como las arrugas que forma la superficie de un lago; otras mas corpulentas é irritadas, á estrellarse con fragor al pié del castillo, haciendo saltar hasta su cresta en forma de lluvia su blanquísima espuma, presentando á mi vista la imágen sensible de los deses del hombre; ya terribles y vehementes ya casi amortiguados por el logro del objeto anhelado, ya volviendo á renacer con mas fuerza bajo distintas formas. En esto divisó en el horizonte una vela latina cuya forma triangular parecia el ala de un pájaro acuático raspando en su rápido vuelo la superficie de las aguas hinchada por un viento en popa, cada vez se acerca mas y se hace mayor, de modo que muy en breve distingo una lancha pescadora y las personas que iban en ella, las que por sus sombreros gachos, las fajas encarnadas, la chaqueta y pantalón pardo oscuro, me hicieron conocer eran pescadores santucueños. Á poca distancia de la playa varios de ellos se arrojaron al agua que podría llegar á la mitad de sus desnudas y tostadas piernas, y recogiendo un cable que los del barco les echaron, unieron sus esfuerzos; consiguiendo traerle casi en seco. Desembarcó entonces toda la chusma; y mientras los unos estendian en el suelo las redes para secarlas, otros iban secando pescados de todos tamaños, y particularmente muchos conocidos con el nombre de pescadilla, colocándolos en estacas de toscas mimbres, en medio de los gritos de una multitud de muchachos agudidos allí para verlos, y las risas y voces de sus mugeres y sus hijos. Concluida esta operacion, encendieron junto al caso de una lancha que allí habia un grande foguera, y sentándose alrededor de ella, pasaron por sus propias manos su frugal comida, con más apetito y sosiego que el rico pentado, cuya espléndida mesa adornan las mas exquisitas y escogidas manjares.

F. G.

Los señores suscritores de provincias por término de tres ó seis meses, se servirán renovar inmediatamente á fin de que no esperimenten interrupcion en el recibo de los números.

En el próximo concluirá el interesante cuento del Señor Guáñez-Serrano titulado *La virgen del Clavel* que no ha podido tener cabida en el presente.